

El Porvenir

Año I.—Núm. 15.

SEMANARIO REPUBLICANO

RECIBIENDO SUSCRIPCIONES
YOLA: Un mes, 25 céntos.—Fuera, trimestre, 75 céntos.—Anuncio, 10 céntos.—Número suelto 5 céntos.
Anuncios, reclamos, comunicados y esquelas de función, a precios convencionales.—Pago adelantado.
IMPRESA Y ADMINISTRACIÓN, San Pascual, núm. 16
LA CORRESPONDENCIA AL ADMINISTRADOR

Yola 7 de Octubre de 1905.

Esperando

Dentro de muy pocos días se efectuará la apertura de las Cortes españolas con su acostumbrado boato, su discurso de la corona, sus obligados vivas... Terminado el acto volverán a cruzar las calles los carruajes palatinos y el cortejo de la corona. A este espectáculo están ya acostumbrados los madrileños. ¡Tantas veces lo presenciaron en pocos años!

Entretanto la nación entera espera con ansia. Es tan bueno, tan noble, tan leal este pobre pueblo que, habiendo sido engañado una y otra vez, todavía espera, cada vez que unas Cortes emprenden su labor, medidas salvadoras.

Espera el proletariado andaluz determinaciones eficaces que, de una vez para siempre, templen cuando menos la crónica miseria que le consume; confían manchegos y levantinos en que desaparezca la ley de alcoholes que actualmente tiene despreciados y relegados al olvido los caldos vinicos; cuentan extremeños y catalanes con que se realicen ventajosos convenios comerciales con el extranjero abriendo nuevos mercados a sus productos...

Agricultores, ganaderos, industriales, comerciantes, la España trabajadora y productora en fin espera el auxilio oficial, sin el cual toda iniciativa se malogra, y toda Empresa fracasa.

¡Inocentes!... ¿Acaso no saben quien nos gobierna? ¿No conocen ya de sobra los procederes del campo monárquico?

El discurso de la corona servirá de protesta al inevitable cuanto insustancial torneo literario; harán filigranas y derrocharán gallardía los artífices de la palabra haciéndose exégetas sonoros y retumbantes de los dogmas del respectivo grupo o grupito; vendrán luego las cuestiones personales, que suelen tener origen no muy limpio, a ser ventiladas só pretextos de nacionales intereses; será preciso acudir a toda prisa a los presupuestos que se avencian, excelente galimatías para dilapidar malamente lo que el Fisco arrebató al contribuyente: esto producirá los forzosos rozamientos entre los señores del banco azul peleando puñados de pesetas para el departamento que les cupo a ellos en suerte, y a la Nación en desgracia...

La Agricultura seguirá agonizante, la Industria muerta, el Comercio anémico.

Consolémonos. No todos duermen. En tanto que los gobernantes de la Monarquía se entregan a los juegos malabares de la oratoria, y a buscar la satisfacción de pasiones creadas por la amistad y fomentadas por el llamado *compromiso político*, tapadera oficial de todo lo que no puede decirse, alguien vela, afila las armas, mina el terreno, gana la batalla.

Y el que lo dude no tiene más que fijarse un poco en el número de conventos recientemente instaurados y nuevamente creados en aluvión de individuos de todos los órdenes monásticos que han tomado a España por asalto recogiendo la enseñanza aquí,

la industria allá, acaparando bienes materiales y poderosos medios de acción, trocando a España en una hospedería monjil con dos balcones; uno se asoma el Papa, al otro algún Jaimecito con un Padre general de los jesuitas dentro.

Sigue, o más bien acompaña a esta turba vigilante y maleante los obligados secuaces de toda situación social: el anarquismo elaborando en la sombra el proyectil inicuo, y el oyo avisor del extranjero esperando el momento de tender la garra disputándose los pedazos de la camisa nacional.

¡Que España tuvo regío manto; valiosas joyas... hoy le queda la camisa no más!

Y seguimos esperando. ¡Esperar, siempre esperar! Tal es nuestro destino. Pero... no puede ser. Es imposible que el lamento de la desangrada Patria no encuentre eco en los corazones de los hombres de la República.

Pocos son los que al Parlamento van; debieron ser muchos y la sinceridad del firmante del tratado de París los redujo a la menor cantidad posible. No importa el número si como buenos cumplen.

Que ellos hagan dentro del Parlamento lo que hacer deben que, a su vez, el deber quedará cumplido por los que fuera se encuentran.

Y acaso aportando todos lo que aportar pueden sea lo bastante para trocar un estado de verdadero peligro nacional, por otro de tranquilidad completa.

Perderemos los frailes y ganaremos en importancia.

No tendremos bendiciones pero si el respeto y consideración de Europa. Esperemos pues.

MAL NEGOCIO

Stáanos lieto hacer la crítica de uno cualquiera de los llamados presupuestos de nivelación, en la forma paradójica de una historia de porvenir.

Se trata de una honrada familia de obreros. El padre lleva todavía gallardamente su medio siglo. La madre es aún fresca y agradable a pesar de sus cuarenta y cinco años. Dos robustos muchachos de veinticinco y veinte años respectivamente respiran vigor y salud. Y un capullito de mujer de diez y siete primaveras hace el encanto y la alegría de la casa.

Todo el mundo trabaja allí. El padre, de oficio albañil, se lisonjea de tener aún por delante diez años largos de labor útil. El chico mayor bate el hierro en una fundición. El más pequeño está empleado en una refinería de azúcar. Hasta la muchacha se gana ya la vida como costurera. Los salarios reunidos de todos ellos procuran a la familia cierto modesto desahogo. Allí reinan la paz, la prosperidad y el contento.

Sobrevienen los presupuestos Villaverde Urzáiz-Osma, ó el que fuere, y con ellos entra en aquel hogar el infortunio. Los propietarios, abrumados por los tributos, rehusan hacer reparaciones en sus fincas. La fábrica de azúcar se cierra, ofreciendo de nuevo el espectáculo, muchas veces visto en España, de una industria naciente devorada en su cuna por el fisco. La empresa de la fábrica de fundición, perjudicada por los impuestos que aumentan el precio del mineral y el combustible, limita sus negocios y despide a la mitad a sus obreros. Para colmo de infortunio, las

hermanitas de no sé quién, acaparan toda la labor femenina, haciendo al honrado trabajo libre de la mujer una ruinosa competencia. A medida que los medios escasean, los consumos y los cambios encarecen la vida del pobre hasta hacerla imposible.

Y entonces empieza el desastre. Primero se consumen los ahorritos, lenta y trabajosamente acumulados en tantos años de afán. Luego van deslizándose hacia la casa de empeño las sencillas superfluidades que constituyen el lujo del pobre; el reloj y los floreros de la salita, los mantones de las mujeres, el paquero medallón que fué regalo de boda, los pendientes de coral, herencia de la madre; todo el sin número de humildes reliquias domésticas, símbolo de las alegrías y los dolores de una vida entera, cada uno de los cuales encierra un santo recuerdo. Y en fin hay que sacrificar lo necesario; los muebles del modesto ajuar, los utensilios de cocina, hasta la lana del colchón. Los hombres duermen en el duro suelo; las mujeres descansan sobre un hético jergón de paja. El pan falta por último y el hambre descarnada se sienta sobre las cenizas frías del antes próspero hogar.

¿A qué describir paso a paso la lenta y cruelísima agonía de la infortunada familia? El modernismo no tolera tamañas sensiblerías. Los tiempos son poco dados al sentimentalismo. Dejemos pasar algunos meses y consignemos luego los efectos. El padre, en un raptó de desesperación, se ha lanzado a la calle desde su buhardilla, estrellándose el cráneo en la acera. La madre, ciega de llorar, mendiga de puerta en puerta. El hijo mayor, contratado por una empresa de emigración, surca los mares en busca del amargo pan del desterrado. El otro, convertido por la miseria en una fiera, robó y mató, y ahora extinguido condena en la cárcel. La familia ha desaparecido por la página de la prostitución. De toda aquella familia antes tan honrada y feliz, no restan sino esos tristes fragmentos, semejantes a los vestigios de un naufragio.

¿Qué importan las lágrimas vertidas, las privaciones soportadas, las esperanzas frustradas, las negras horas de hambre y desesperación? ¿Qué importan la vida que se extingue, la dicha que se desvanece, la probidad que sucumbe, la virginidad que se vende? Nada de sensiblerías. Todo esto no figura en el *debe y haber* de las cuentas del Tesoro. Somos hombres de nuestros tiempos; tengamos por cerebro una cifra y por corazón un guarismo. Apreciemos en números el resultado.

La disolución de la familia del obrero significa para la patria la extinción de las existencias útiles; una madre de familia convertida en mendiga, un hombre honrado transformado en asesino, una doncella trocada en manco; tres nuevos hogares que debieron ser y no serán.

Todo eso ha perdido la sociedad. ¿Qué es lo que en cambio ha ganado el fisco? Cuando se recogió el cadáver del suicida, menester fué enterrarle a expensas de la administración. La madre mendiga fué también recogida en la vía pública y recluida en un asilo donde como la bazofia de la beneficencia oficial. Al hijo delincente hubo que perseguirle, detenerle, procesarle, condenarle, con gran consumo de actividad policiaca y curial, y hoy devora a costa del Estado el rancho del presidio. La desgraciada niña, prostituida por el hambre, ha caído del lupanar en el hospital. Esto es cuanto produce ahora el Erario la familia que, en los días de su prosperidad, contribuía en su modestísima esfera a sustentar las cargas públicas.

¿Han previsto nuestros hacendistas ese resultado? ¿Figura en sus presupuestos de gastos la partida cuantiosa que se habrá menester para hacer frente a los siniestros que el propio presupuesto origina? Porque pensar que no vamos a sostener los hospitales, ni a recoger los pordioseros, ni a castigar a los delincentes, ni a enterrar a los muertos, es pensar una enormidad. Enormidad casi tan grande como la de imaginarse que una Hacienda nacional puede prosperar arruinando

al país que la sustenta. Podrá ser ardua y difícil la ciencia financiera, pero su primer capítulo es de una sencillez paradisiaca: se reduce a recordar el apólogo titulado *La gallina de los huevos de oro*.

Alfredo Calderón.

DE HIGIENE

LA CASA

Una de las cuestiones que tienen más capital importancia, para la conservación de la salud, objeto primordial de la Higiene y problema hacia el que se dirigen como poderoso núcleo de la atracción todas las energías de la inteligencia humana, es la que se refiere a la casa, considerada como albergue habitual del hombre. Ella satisface la necesidad ineludible en todos los tiempos de la Historia, de erasearse *un clima artificial*, en el que se pueda esquivar las inclemencias del clima natural, el exceso del calor solar en el estío, los rigores de las bajas temperaturas invernales, la acción de la lluvia, los efectos de los vientos, de las tormentas etc.

En esto como en tantas otras cosas la Sanidad ha estado poco feliz, pues luchando contra la acción enemiga del clima, no ha logrado siempre hallar una segura protección para nuestra salud y antes por el contrario, con demasiada frecuencia, por escluir de la casa las inclemencias del tiempo, se llega casi a suprimir en ella el *aire* y la *luz*, elementos *sine quibus* para un funcionamiento perfectamente armónico del organismo y se les provee, por modo indirecto desde luego, de condiciones ambientales que convierten la salud y aun a la misma vida, resultando, desgraciadamente en gran proporción, transformado el albergue humano en verdadero y seguro foco de nuestros males.

Muchas son las condiciones que debe reunir una casa para poderla considerar capaz de cumplir los fines a que se la destina y por esta misma complejidad es por lo que resulta de difícil realización dicha finalidad social. Es seguramente la mayor dificultad la que se refiere a la *cubrición* de las habitaciones con relación al número de individuos que han de ocuparlas; no voy yo ni siquiera a intentar la resolución de este problema en este momento, puesto que nos hemos de atener todos a conformarnos con las casas tal y como hoy las tenemos construídas y únicamente he de decir que es de desear que no se pasen muchos tiempos sin que sea la Higiene la Ciencia que reglamente y dirija las edificaciones; claro está que entonces cambiarían las poblaciones totalmente de aspecto, serían sustituidas sus actuales calles, que mejor se deberían llamar *rondijas*, por amplias vías que pudieran suministrar con exceso un aire siempre nuevo y abundante, único modo de que sea realmente vivificador de los individuos humanos, y en vez de ver como ahora masas densas y oscuras en que se mezcla y confunden los seres humanos, con sus propios materiales de desecho, se podrían observar puntos bien separados los unos de los otros y de los que cada uno representaría la morada de un solo individuo ó a lo sumo de una sola familia.

Pero ya que esto por inaccesible hoy por hoy, me obliga a no estudiarlo como se merece quiero en cambio decir algo de lo que ya es más factible a todo el mundo aun dentro de las condiciones pésimas con que tenemos por fuerza que resignarnos a vivir en lo que hoy llamamos casas.

La *humedad* en las habitaciones depende entre otras causas de la retención en su ambiente de vapor de agua exhalado en los cambios orgánicos de la respiración y claro es que cuantos más individuos las habitan, mayor será la proporción de humedad que aquel contenga; si a esto se suma que en muchas casas los vapores de la cocina van también a unir con el aire respirable de todas las habitaciones